

del siglo se hurillan á sus pies. Triunfante Alina en la embriaguez del orgullo y la gloria se creyó con suficiente fortaleza de ánimo para ver lo que mostraba el cristal opuesto; no dirigió hacia él mas que una sola mirada, y dió un penetrante grito. ¡Ay! este reynado seductor no debía durar mas que diez y ocho meses. Esa terrible enfermedad que destruye la hermosura debía oradar sus hermosas mejillas, engruesar su nariz fina y pequeña, y llenar de surcos su frente, asiento de las gracias. Alina tiene mil aduladores, pero una tristeza interna la devora; suspira á cada homenaje que se la tributa, pues se acuerda que bien pronto se verá precisada á pasar el resto de su vida en una triste soledad. Si consulta á su espejo ya no ve estos ojos expresivos, este color hermoso, esta boca encantadora, no ve sino los surcos impresos para siempre por una mano desoladora. ¡Ah! si hubiera permanecido en su feliz ignorancia hubiera pasado á lo ménos los diez y ocho meses entre los placeres de este incentivo dulce y engañoso: ¡qué desdichada se hizo por su curiosidad!

Misnar era honrado como el Capitan mas valiente de la India; en medio de la apretada multitud, la admiracion y respeto que inspiraba su nombre le diéron un libre paso, fué uno de los primeros que obtuvieron este triste presente, que recibió con una risa irónica, mostrándose indiferente y superior á su propio desino. Dirigió su vista al cristal de la dicha, y vió la victoria encadenada á su carro, ciudades subyugadas, pueblos venidos, y poetas afanados por recoger sus famosos hechos para transmitirlos á la posteridad. Misnar hubiera vivido largo tiempo lleno de placer y satisfacciones, pero quiso saber el fin de su triunfante suerte. ¡Qué mudanza! Un Rey zeloso le deponé y destierra: los mismos á quienes habia colmado de beneficios le desacreditan á porfia; las estatuas que se le habian levantado son abaridas, y las inscripciones borradas. Misnar se queda inmóvil; se le vió años enteros inensible á los laureles que coronaban su frente; en medio de las lucidas fiestas dispuestas en honor suyo oía una vez triste que le decia: *morirás en el destierro y en el olvido.* ¡Cuántas veces maldice el instante en que deseó verse semejante paradero!

